

LA PILDORA DORADA

Por los caminos de Europa.

Por Lic. Ignacio
Martín-Baró.

Recientemente ha sido estrenada en diversas ciudades de Alemania la película "La píldora dorada" ("Die goldene Pille"), de Horst Manfred Adloff, uno de los jóvenes directores de la nueva ola cinematográfica alemana. Como su mismo título lo indica, la película se plantea el problema del uso y difusión de la píldora anticonceptiva. El telón de fondo escogido por Adloff es una escuela femenina, concretamente las alumnas del último curso de Secundaria (aquí más larga que entre nosotros), muchachas entre los 18 y 19 años.

El problema, por su actualidad y por su complejidad, se prestaba a un planteo interesante, tanto en el plano social, como psicológico y moral. Desgraciadamente, la película rehuye intencionadamente toda profundización, y se contenta con ser un alegato de mal gusto (entre el pataleo y el sarcasmo) que a nadie satisface... más que al espectador "voyeur" (y de estos hay muy pocos en Alemania). La película se convierte en un episodio del moderno Oeste, con el en-

frentamiento de "buenos" y "malos". Los buenos, claro está, son los que defienden incondicionalmente la píldora; las niñas de la "dulce vida", el profesor "guapo", los amigos de las niñas y la mujer del profesor, la cual resulta ser "víctima" de los malos. Entre éstos, el cura -no faltaría más-, viejo y retrógado, los profesores de la escuela, autoritarios e irreales, y el padre de una de las muchachas, burgués, egoísta y pronazi. Al margen de buenos y malos, el médico -la única persona que el director se digna presentar de una manera sensata- y el hijo abortado -aunque de éste nos tememos que haya que incluirle también entre los malos, por haber tenido la "osadía" de ser concebido.

Ya tenemos los personajes. Ahora, a entreverar un guión: una clase aburridísima de literatura, en la que, mientras un par de alumnas responden al profesor, las demás se dedican a actividades más interesantes; muchas escenas de baño (y todas esas cosas que exigen los productores por aquello de la taquilla); paseo en moto o en carro; discusión sobre los informes

Kinsey en la terraza de un café; más escenas para la taquilla; unos cuantos sueños, más o menos simbólicos; la casa del profesor guapo, cargada de hijos -para los que, paradójicamente, su padre más que "guapo" es casi un ogro-; una iglesia llena de personas mayores; el aborto en un hospital; y, finalmente, el sueño de la protagonista, en el que una ingente grúa excavadora, cargada, de maestros-jueces, aplasta con sus ruedas a la muchacha (entraje de Eva, claro), que ha tenido el "atrevido" de defender la píldora. Y eso es todo.

No sé si Adloff consideró que con todos estos elementos iba a realizar una carga explosiva. Si tal cosa esperaba, me temo que se va a llevar un buen chasco, pues el público no es tan ingenuo como se suele pensar. Y el público alemán, que ha leído bastante sobre la píldora anticonceptiva, que probablemente se ha tenido que enfrentar en su vida privada con este espinoso problema, sabe que no se pueden mezclar frijoles con velocidad, y que una cosa no empieza a ser verdad porque lo diga una muchacha muy bella. Sabe que una cosa es la "dulce

LA PÍLDORA DORADA.

(Viene de pag. anterior.)

vita" y otra la explosión demográfica, que una cosa es el puritanismo y otra la moralidad. Vamos, que el público no se traga ya eso de la panacea, aunque esa panacea sea tan dorada como la píldora anticonceptiva.

La píldora puede que solucione algunos problemas. Pero, después, no todos. Porque si a un señor le da por pensar que no hay orden como el del Tercer Reich alemán, o que el problema del hambre se soluciona con bombas atómicas, esas ideas no se le van a quitar por más píldoras que tome. Pocos beneficios puede aportar al problema anticoncepcional una película que, como la presente, arguye a pedradas. Es verdad que nada de lo que se nos presenta es falso. Pero también es verdad que se han delimitado ar-

bitrariamente los puntos. Contra lo que parece creer Adloff, las cosas no son tan sencillas. En este sentido, me quedo con la opinión del médico: no sabemos los efectos que, a la larga, puede producir la píldora. Psicológicamente sí podemos temer un efecto: la bagatelización sexual. E intencionadamente rehuyo el aspecto moral, sobre el que la Iglesia no se ha determinado definitivamente todavía. Valga a este propósito el reciente caso del Rector de la Universidad de Edimburgo, Malcon Muggeridge, quien ha dimitido de su cargo ante la petición de los estudiantes de que la píldora fuera administrada libremente por los servicios médicos de la Universidad.

Lo más triste es que los problemas se planteen a un nivel secunda-

rio. Porque, en definitiva, la píldora se encamina al síntoma, no a la dolencia. Sin rehuir un planteamiento claro de la anticoncepción -planteamiento necesario por muchos motivos-, debiéramos remontarnos algo más arriba. Yo estoy seguro de que allá, en el origen de todo este problema, se encuentra la herida de una educación deficiente: educación de la libertad, de la sexualidad y de la sociabilidad. Ahí, creo yo, habría que buscar el auténtico núcleo del problema. Pero de todo esto no nos dice nada Adloff en "La píldora dorada". Y así, su píldora, por más que nos la dore con muchachas bonitas y profesores guapos, no nos la podemos tragar.

LIC. IGNACIO
MARTIN BARO.